

26. Peligro que encierran los malos pensamientos

PRIMER PELIGRO: SON MÁS DAÑINOS QUE LAS MALAS OBRAS. Hay que precaverse con toda cautela de los malos pensamientos, a quienes en la Sagrada Escritura se llama *abominación de Dios: Abominación para Yahveh son los planes del malo.*— Llámalos así la Sagrada Escritura porque los malos pensamientos, como dice el sagrado concilio de Trento, en especial los que son contra el nono y décimo mandamientos, dañan más a menudo al alma y son más peligrosos que las malas acciones. Y esto por dos razones.

SEGUNDO PELIGRO.— RAZONES DE ESTE PELIGRO: I.º *La gran facilidad de cometer y de multiplicar estos pecados.*— Es más fácil cometer pecados de pensamiento que pecados de obra. Para cometer los pecados de obra falta a veces la ocasión, en tanto que los pecados de pensamiento se cometen sin ocasión. Cuando el corazón ha vuelto las espaldas a Dios, continuamente busca satisfacciones culpables, de suerte que comete innumerables pecados: *La traza de los pensamientos que formaba su corazón no era sino mala continuamente* (Gen. 6, 5).

2.º *La posibilidad y el peligro de consentir hasta en la hora de la muerte.*— Al acercarse la muerte se tornan imposibles las malas acciones; pero los malos pensamientos pueden atacar siempre, máxime a quienes fueron víctimas de tan deplorable hábito. Añádase a esto que el demonio, aprovechando el poco tiempo que le resta para tentar al alma, redobra entonces su rabia y esfuerzos: *Bajó a vosotros el diablo con gran coraje, sabiendo que cuenta un poco tiempo* (Ap. 12,

12). Refiere Surio que San Eleázaro, durante una grave enfermedad, fue asaltado de pensamientos impuros, y decía después de curado: ¡Cuán grande es el poder del demonio en el momento de la muerte!». El santo triunfó de las tentaciones porque estaba acostumbrado a rechazar los malos pensamientos; pero ¡pobres de quienes están acostumbrados a consentir!

Ejemplo terrible.— Cuenta el P. Séñeri que uno de estos desgraciados habitudinarios estaba para morir, no sin señales de gran dolor de sus pecados. Aparecióse después de la muerte a una persona y le dijo que se había condenado; declaróle que su confesión había sido buena y que Dios le había perdonado, pero que antes des fallecer se le presentó el demonio con el pensamiento de que, sin curaba, sería un ingrato si abandonaba a la persona que tanto amor la había testimoniado. Al principio rechazó la tentación; rechazóla por segunda vez; mas deteniéndose en ella, consistió y se condenó.

27. Remedios contra los malos pensamientos

I.º Fuga de las ocasiones.— *Apartad la maldad de vuestra acciones de delante de mis ojos* (Is. 1, 16). He aquí lo que tenemos que hacer, según el profeta Isaías, para librarnos de los malos pensamientos. ¿Qué quiere decir *apartad la maldad de vuestras acciones*? Quiere decir: apartar las malas ocasiones, las compañías peligrosas; romper con las conversaciones peligrosas, alejarse de los malos compañeros.

Algunas ocasiones.— Es preciso también abstenerse de leer libros obscenos o plagados de otros errores; abstenerse de bailes con mujeres y de comedias profanas, al menos de los bailes y de las comedias palmariaamente deshonestas. Objetará algún joven: «Padre, ¿es pecado cortejar?» Respondo: *per se*, no puedo afirmar en absoluto que sea pecado mortal; mas tales enamorados están en ocasión próxima de pecar mortalmente, y la experiencia enseña que son raros los que resisten al pecado mortal. Ni vale decir que no se tiene mal fin ni siquiera pensamientos malos. Este es un engaño del demonio. Al principio no sugiere pensamiento alguno malo, pero en el transcurso de las frecuentes conversaciones amorosas ciega para que no se vea lo que se hace, y entonces, casi sin saber cómo, se encuentra el alma perdida y perdido a Dios, con muchos pecados de impureza y de escándalo. ¡Cuántos chicos y chicas engañó el demonio de esta manera! Recuerden los padres y madres de familia que tendrán que dar cuenta de estos pecados y de estos escándalos si no se oponen, como es su deber, a relaciones tan peligrosas, pues sin duda que serán causa de todo el mal que arrastran consigo, y Dios los castigará severamente.

2.º *Modestia en las miradas.*— Sobre todo, si queremos librarnos de los malos pensamientos, deben los hombres privarse de mirar a las mujeres, y éstas a aquéllos. Repetiré aquí la expresión ya citada de Job: *¡Había yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella!* (Job. 31, 1) ¿Por qué dice *con mis ojos y no prestaba atención a doncella*? ¿Qué relación hay, en efecto, entre ver y pensar? Si Job, para no pensar en objetos peligrosos, concertó alianza con sus ojos, dice San Bernardo que la razón es porque

«por los ojos penetra en el ánimo el dardo del amor impuro», que luego mata al alma. Nada raro, pues el consejo de la Sagrada Escritura: *Aparta los ojos de mujer bien parecida* (Eclí. 9, 8). Mirar a una chica indecentemente presentada siempre será peligroso; pero mirarla adrede, sin causa justificada, no se podrá excusar, al menos, de pecado venial.

(Quizá a muchos les parezca que aquí San Alfonso M^a de Ligorio se pasa un poco en lo que dice, y que la mayor parte de los teólogos no son tan rigurosos. Por eso creo necesario decir que a San Alfonso se le ha concedido el título de *Príncipe de moralistas*, y que en materia moral, sigue siendo él en la Iglesia la primera autoridad.- *Nota del editor*).

3.º *Resistir lo más que se pueda.*— Por lo tanto, cuando nos asalten los malos pensamientos, que ya se sabe que a veces surgen sin motivo, si fueren materia de impureza hay que apartarlos al instante, sin ponerse a discutir con la tentación. No bien, pues, se presente uno de estos pensamientos de negra faz, rechazadlo, sin darse audiencia para parlamentar con él.

Léese en el libro de las *Sentencias* de los Padres que cierto día San Pacomio oyó que un demonio se vanagloriaba de haber hecho pecar frecuentemente a un monje porque en las tentaciones, en vez de volverse en seguida a Dios, poníase a discurrir con la tentación. Oyó, en cambio, que otro demonio se lamentaba de que con su monje nada podía ganar porque acudía al instante a Dios y así vencía siempre. Sigamos siempre el consejo de San Jerónimo: «No bien se haga sentir la tentación, prorrumpamos en esta exclamación: ¡Señor, ayúdanos!»

4.º *Descubrir las tentaciones al director espiritual.*— Si persistiera la tentación, es muy del caso descubrirla al confesor. Decía San Felipe Neri: «Tentación descubierta es tentación medio vencida». Algunos santos emplearon

en las tentaciones impuras remedios asperísimos: San Benito se revolcó desnudo en un zarzal; San Pedro de Alcántara se lanzó a un estanque helado.

5.º *Rezar y no cesar de rezar.* (Este punto y el siguiente pueden servir de peroración).— Pero el mejor consejo que puedo dar para vencer estas tentaciones es el recurrir a Dios, que seguramente nos alcanzará la victoria: *Invo-caré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo* (Sal. 17, 4). Quizás no ceda la tentación, y entonces no hay que dejar de rezar, sino que, al contrario, hay que multiplicar las oraciones y gemir y suspirar a los pies del Santísimo Sacramento, o del crucifijo si se está en casa, o ante una imagen de María Santísima, Madre de la pureza. Ciertamente que todas nuestras diligencias y todas nuestras industrias de nada valen sin el auxilio de Dios; pero a las veces, para intervenir El y concedernos la victoria, espera a que nosotros hayamos hecho por nuestra parte lo que podamos.

6.º *Buenas resoluciones.*— En tales luchas es muy oportuno renovar el propósito de perder la vida antes que ofender al Señor; hecho esto, roguemos, roguemos y digamos a menudo: «Señor, dadme fuerzas para resistir; no permitáis que me separe de vos. Haced que muera antes que tener la desgracia de perderos».

28. Qué almas se hallan en estado de tibieza

I. NO SE HALLA EN ESTADO DE TIBIEZA EL ALMA QUE VIVE EN DESGRACIA DE DIOS. I.º Por alma tibia no se entiende la que vive en desgracia de Dios.

2.º Tampoco se entiende por alma tibia la que comete faltas veniales, pero por pura fragilidad y sin pleno consentimiento, porque dada nuestra naturaleza, corrompida por el pecado original, nadie puede durante toda la vida evitar este género de faltas, a no ser mediante una gracia especialísima de que sólo la Madre de Dios fue enriquecida. De aquí este dicho de San Juan: *Si dijéremos que no tenemos pecado, a nosotros mismos no engañamos, y la verdad no está en nosotros* (1 Jn. 1, 8). Dios permite estas manchas hasta en sus santos para conservarlos humildes y darles a entender que del mismo modo que caen en tales defectos, a pesar de sus buenos propósitos y promesas, así caerían también en culpas graves si no lo sostuviera su mano divina.

¿Qué hacer? Cuando nos acontezca caer en semejantes faltas, humillémonos y, reconociendo nuestra flaqueza, procuremos pedir continuamente a Dios que nos tenga de su mano y no permita que caigamos en culpas más graves y nos libre de las presentes.

II. SE HALLA EN TIBIEZA EL ALMA QUE A MENUDO COMETE PECADOS VENIALES PLENAMENTE VOLUNTARIOS... - ¿Cuál es, pues, el alma tibia? La que cae a menudo en pecados veniales plenamente voluntarios y deliberados, como mentiras, impaciencias, imprecaciones y faltas por el estilo. Las almas de buena voluntad, resueltas primero a morir antes que pecar deliberada aun cuando venialmente, pueden muy bien, con el auxilio de Dios, evitar todas estas faltas y otras semejantes. Según Santa Teresa, uno solo de estos pecados veniales daña más el alma que todos los demonios del infierno; por eso aconsejaba a sus religiosas: «Que es burla, hijas, sino suplicar a Dios nos libre para siempre de todo mal».

Que se pueden evitar, nos dañan mucho...- Personas hay que se quejan de no experimentar más que arideces y sequedades, sin que el Señor les haga probar jamás una dulzura espiritual. Y ¿cómo queremos que Dios sea liberal con nosotros, cuando nosotros no somos nada generosos con El?

E indican poca generosidad con Dios.— Harto conocido tenemos que tal mentira, tal imprecación, tal injuria al prójimo, tales murmuraciones, si bien no son faltas graves, sin embargo disgustan a Dios, y, esto no obstante, no nos abstenemos de ello, y ¿después queremos que Dios nos favorezca con sus consolaciones divinas?

29. Peligro que corren estas almas

I. LA COSTUMBRE DE PECAR VENIALMENTE CONDUCE POR SU NATURALEZA AL PECADO MORTAL.— Mas tal vez habrá quien diga que los pecados veniales no le privan de la gracia de Dios y que, por muchos que cometa, siempre se puede salvar, y lo que basta es salvarse. ¿Conque te basta salvarte? Oye lo que te dice San Agustín: «Cuando dijiste: *Basta*, allí encontraste la perdición». Comprendamos bien esta sentencia de San Agustín y veamos el peligro que lleva anejo el estado de tibieza en que se hallan los que tienen el hábito de caer en pecados veniales deliberados sin tomarse la pena ni pensar en enmendarse.

I.º *Porque se habitúa al peligro y se cae en él.*— Nótese que el hábito de los pecados veniales hace que

insensiblemente el alma se desliza en pecados mortales; por ejemplo, el que se habitúa a guardar rencorillos cae fácilmente en odios graves; el que se habitúa a hurtillos de poca monta cae fácilmente en hurtos graves; el que se habitúa a afectillos leves con personas de diversos sexos, fácilmente cae en afecciones desarregladas. Decía San Jerónimo que «nunca permanece el alma donde cae». Cae y, en vez de quedar allí, se desliza más al fondo. Las enfermedades mortales, de ordinario no provienen de grandes excesos, sino de pequeños, repetidos frecuentemente.

2.º *Se debilita. Pruebas sacadas de las Sagradas Escrituras.*— De igual modo, la mayoría de las almas no caen en el pecado mortal sino después de haberse habituado al pecado venial, porque el hábito del pecado venial debilita de tal modo que, cuando sobreviene una tentación fuerte, no se tiene fuerza para resistir y se cae.

Muchos cristianos no quieren separarse de Dios con pecados mortales, pero le quieren seguir de lejos, no haciendo caso de los pecados veniales; a éstos les acontecerá lo que aconteció a San Pedro. Cuando prendieron los soldados a Jesús en el huerto de los Olivos, San Pedro no lo quiso abandonar, pero se puso a seguirlo de lejos. *Pedro le había ido siguiendo desde lejos* (Mt. 26, 58). No bien entrado en casa de Caifás y apenas le acusaron de ser discípulo de Jesús, asáltóle el temor y renegó de El tres veces. *Quien menosprecie lo poco se arruinará, dice el Espíritu Santo* (Ecli. 19, 1). Tarde o temprano, el demonio conseguirá lanzar al fondo del abismo al que no se preocupa de las caídas leves, porque, como antes señalamos, al que habituado en dar a Dios pequeños disgustos no le costará mucho el dárselos mayores.

Cogednos zorras, zorras pequeñas, que devastan los viñedos, dice el Señor. No dice que se cojan los leones ni los osos, sino las zorras pequeñas. Los osos y los leones inspiran suficiente temor, y por esto todos suelen evitarlos cuanto pueden, para no ser devorados por ellos; en cambio, las zorras pequeñas no atemorizan y, como pasan inadvertidas, arruinan los viñedos haciendo cuevecillas, por donde comen las raíces de las vides. El pecado mortal aterra al alma temerosa de Dios; pero si se deja caer en multitud de pecados veniales deliberados y sin trabajar por evitarlos, sucederá que tales faltas, semejantes a las zorras pequeñas, harán secar las raíces de la vida espiritual, es decir, los remordimientos de conciencia, el temor de desagradar a Dios, el deseo de progresar en el amor divino, y, al llegar luego alguna violenta tentación, el alma minada por la tibieza perderá miserablemente la divina gracia.

II. DIOS PRIVA A ESTA ALMA DE LOS AUXILIOS NECESARIOS PARA NO CAER.— Más aún: los pecados veniales voluntarios y habituales no nos quitan tan sólo la fuerza de resistir a las tentaciones, sino que impiden también que Dios conceda los auxilios especiales, sin los que se cae en pecado mortal.

I.º *Necesitamos de este auxilio, y sólo Dios lo puede dar.*— Atención a este punto, que es de la mayor importancia. Es cierto, por una parte, que no tenemos fuerzas suficientes para resistir a las tentaciones del demonio, de la carne ni del mundo. Por otra, únicamente Dios puede impedir a nuestros enemigos que nos asalten con las tentaciones que no podríamos resistir. Por esto Jesucristo nos enseñó a rezar: *Y no nos dejes caer en la tentación* (Lc. 6, 13), es decir, que

Dios nos libre de aquellas tentaciones en las que perderíamos la divina gracia. Pues bien, cuando los pecados veniales son deliberados y habituales, nos privan de aquella especial asistencia divina necesaria para perseverar en estado de gracia.

Prueba de que necesitamos este auxilio especial de Dios.— Digo que esta especial asistencia de Dios nos es necesaria, fundado en las sentencia condenatoria del concilio de Trento, contra quien sostuviera la posibilidad de la perseverancia sin especial auxilio de Dios: «Si alguno dijere que el hombre, una vez justificado, puede sin auxilio especial de Dios perseverar en el estado de gracia, o bien que no puede, aun con este especial auxilio, sea anatema». Así pues, es imposible que con solo el auxilio ordinario de Dios podamos sostenernos sin caer en alguna falta grave, por lo que necesitamos para esto el auxilio especial del Señor.

2.º *Dios lo rehusa justamente al alma tibia*, y por ende... Este auxilio especial lo negará el Señor a las almas descuidadas que no se esfuerzan por evitar el pecado venial y lo cometen a ojos abiertos, por lo que las desgraciadas no podrán perseverar en gracia. Quien es avaro con Dios, merece que Dios lo sea con él: *Quien siembra mezquinamente, mezquinamente también cosechará* (2 Cor. 9, 6), dice San Pablo. El Señor le otorgará solamente el auxilio ordinario, que a todos otorga; pero fácilmente le negará el especial.

El alma caerá o vivirá en grave peligro de condenarse.— En semajante estado, como ya hemos dicho, el alma no podrá perseverar sin caer en alguna falta grave, que es lo que Dios manifestó al Beato Enrique Susón: «Las almas tibias, le dijo, que se limitan a evitar el pecado mortal, pero que cometen fácil y voluntariamente muchos pecados veniales, es muy difícil

que se mantengan en la divina gracia» El Venerable Luis de la Puente decía a este respecto: «Muchas faltas cometí, pero nunca pacté con mis defectos». ¡Desgraciado del que pacta con ellos! Escribe San Bernardo que, mientras uno falta y detesta la falta, hay esperanza de que un día se enmiende y se ponga en buen camino; pero cuando se cometen las faltas sin enmendarse ni cuidarse de ello, se andará de mal en peor hasta llegar a perder la gracia de Dios.

3.º *Por la cobardía de esta alma, Dios le retira su auxilio, ella deja de rezar, y de aquí que se halle en grave peligro de condenarse.*— Razón tenía San Agustín para decir que las faltas veniales deliberadas y sin enmienda son como la lepra; la lepra hace leproso al cuerpo, e igual esas faltas tornan leprosa al alma ante Dios, de modo que la alejan de sus abrazos. De aquí procede que el alma no halla pábulo ni consuelo en sus devociones, ni en las oraciones, ni en las comuniones, ni en la visita al Santísimo Sacramento, prescindirá fácilmente de todo ello y, abandonando así los medios de salvación eterna, se perderá con toda facilidad.

30. Quiénes han de temer este peligro

I. LAS ALMAS APASIONADAS.— Crece de punto este peligro en las personas que suelen cometer muchos pecados veniales, debido al imperio que en ellas ejerce la pasión contra la que no quieren luchar, llámase pasión de soberbia, de ambición, de odio a cualquier persona o afición desordenada a cualquiera otra.

1.º *El demonio las encadena poco a poco.*— Decía San Francisco de Asís que, cuando el demonio emprende la lucha contra un alma temerosa de caer en desgracia de Dios, no intenta desde el principio reducirla a esclavitud induciéndola a cometer el pecado mortal, porque esa alma se horrorizaría de ello. El demonio se limita de momento con atarla por medio de un cabello, seguro como está de que luego la podrá atar con un hilo, más tarde con una cuerda y finalmente con la infernal cadena del pecado mortal, consiguiendo entonces la plena esclavitud. Pongamos un ejemplo. Habrá quien nutra cierto afectillo a una persona de otro sexo por mera cortesía, por gratitud o simplemente por sus buenas cualidades; de aquí se pasará a mutuos regalillos; de los regalillos, a expresiones cariñosas, y luego de un diabólico esfuerzo, hete aquí a los dos caídos en el abismo del pecado mortal. Tal acontece con los jugadores, que, luego de perder fuertes sumas de dinero, dominados como están por la pasión, se aventuran a comprometerlo todo y acaban por perderlo todo.

2.º *La pasión las domina.*— ¡Pobre del alma que se deja dominar por la pasión! *Mirad qué fuego tan pequeño qué selva tan grande incendia.* (Iac. 3, 5). La chispilla descuidada acabará por abrasar todo un bosque; es decir, la pasión no mortificada arruinará al alma.

3.º *La pasión las ciega.*— Cosa facilísima es que el ciego caiga en el precipicio cuando menos lo piense. Escribe San Ambrosio que el demonio anda al acecho de la pasión que nos domina o del palacer que nos atrae, para luego ponérselo delante y forjar las cadenas con que hacernos esclavos suyos.

II. LAS ALMAS VIRTUOSAS.— *Debido a sus pecados veniales, bajan paso a paso y caen en abismos de iniquidad.*— Asegura San Juan Crisóstomo haber

conocido muchas personas que, a pesar de las virtudes de que se hallaban dotadas, por no haber hecho caso de las faltas ligeras, cayeron en abismos de iniquidad. Cuando el demonio no puede conseguirlo todo desde un principio, conténtase con lo poco que puede conseguir, porque sabe que de las ganancillas pasará a la ganancia total. Nadie, dice San Bernardo, se hace malo de golpe, sino que, empezando por desórdenes insignificantes, se llega a caer en los de bulto. Y sépase, además, que si una de estas almas favorecidas por Dios con luces y gracias especiales llegare a caer en pecado mortal, su caída no será una simple caída, de la cual fácilmente se levantará, sino precipicio, del que le será dificultosísimo salir para retornar a Dios.

PERORACIÓN.— I.º Aviso: *Considerad vuestro triste estado, el gran peligro en que os halláis y que la tibieza os torna insensibles.*— Hablando el Señor en el Apocalipsis del tibio, dice: *¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, puesto que eres tibio, y ni caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca* (Ap. 3, 15-16). Dice: *¡Ojalá fuera frío o caliente!*; es decir: más te valía estar privado de mi gracia, porque entonces se podría esperar tu conversión; mas por cuanto vives en la tibieza, sin pensamientos de enmienda, *estoy para vomitarte de mi boca*; es decir, para abandonarte como alimento que se provoca y luego se tiene horror de volverlo a tomar.

Dice un autor que la tibieza es como la tisis, que no alarma, porque apenas se la siente, y, sin embargo, es tan peligrosa que con dificultad se sale de ella. Y así es en realidad, porque la tibieza hace el alma insensible a los remordimientos de la conciencia, y, por ende, como estaba acostumbrada a la insesibilidad de

los remordimientos acerca del pecado venial, se hará también insensible ahora que vive en pecado mortal.

2.º *Exhortación: ¡Animo! Emplead los remedios.*— Cierto que es muy difícil que el alma tibia se convierta; pero lo pude hacer, con tal de que adopte los siguientes remedios:

Se impone que *dese*e salir de su miserable y peligroso estado. Si no tuviere este sincero *deseo*, no tendrá fuerza para adoptar estos remedios.

Tiene, en segundo lugar, que *resolverse a romper con las ocasiones de pecado*; de otro modo no hará sino recaer en sus pecados.

Es necesario también que *pida incesantemente* al Señor se digne librarla de la tibieza. Abandonada a sus propias fuerzas, no podrá nada; mas con el auxilio divino lo podrá todo. Pues bien, Dios prometió escuchar a quien le ruega: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad a golpes, y se os abrirá* (Lc. 11, 9). Hay que rezar, rezar continuamente y rezar confiadamente; si dejamos de rezar, de nuevo seremos vencidos; pero, si perseveramos en la oración, será nuestra la victoria.

31. Los malos hábitos ciegan la mente

I.º *Los pecadores no ven el mal que hacen, por lo que obran sin temor.*— San Agustín decía del mal habituado que, en fuerza de la costumbre de pecar, no ve el mal que hace. El mal hábito ciega a los pecadores para que no vean el mal que hacen ni la ruina que les prepara, por lo que en medio de su ceguera viven

como si no existiera Dios, ni el cielo, ni el infierno, ni la eternidad. «Los pecados más horrendos, dice el mismo santo doctor, no bien se ha contraído el hábito, no parecen más que faltillas ligeras y hasta cosas indiferentes». ¿Cómo podrá, pues, el alma de estos tales ponerse en guardia contra los más monstruosos excesos, si no ve el mal que encierran ni el daño que le ocasionan?

2.º *No tienen vergüenza y se glorían de sus pecados.*— Dice San Jerónimo que los mal habituados se ven sin vergüenza alguna cargados de pecados. El mal obrar implica naturalmente consigo cierto rubor, pero este rubor lo ha perdido el mal habituado. San Pedro llega a comparar al mal habituado al puerco, que se revuelca en el cieno. Ese cieno le ciega, en efecto, los ojos, y de aquí proviene que estos tales, en vez de acongojarse y entristecerse por sus iniquidades, llegan a felicitarse y hasta a gloriarse. *Es para el necio cosa de juego el cometer una infamia. La boca del insensato es causa próxima de ruina.* Razón tienen los santos para pedir incensantemente a Dios sus divinas luces, porque saben que, perdidas éstas, pudieran trocarse en los perversos del mundo. ¿Cómo se explica, pues que tantos cristianos que tienen fe en la existencia del infierno y en el juicio en que Dios no puede menos de castigar a los malvados sigan viviendo en pecado hasta la muerte y hasta llegar a condenarse? Porque *los cegó su malicia*. El pecado los cegó, y por eso se perdieron.

3.º *Acumulan pecados a pecados y todo lo desprecian.*— *Sus huesos estaban llenos de su vigor juvenil*, dice Job. Todo pecado arrastra consigo la ceguera de la mente, por lo que, cuando crecen los pecados en el mal habituado, crece con ellos la ceguera. En la

vasija llena de tierra no puede entrar la luz solar, ni en el corazón plagado de vicios puede entrar la luz de Dios que haga ver el principio a que arrastran los pecados. Los mal habituados, perdida la luz, caen de pecado en pecado, sin pensar en la enmienda. *En torno se pasean los impíos.* Caídos los miserables en la fosa oscura de mal hábito, no piensan sino en pecar, no hablan sino de pecados y desconocen el mal que causa el pecado. En una palabra, se asemejan al irracional, y, en consecuencia, ni piden ni quieren sino placeres sensuales. *Que el hombre en opulencia no perdura; se asemeja a las bestias, que perecen.* De aquí que se cumpla la palabra de la Sabiduría: *Cuando llega el mal, viene también el desprecio.* San Juan Crisóstomo lo aplica al mal habituado, y dice que, una vez caído en este abismo de las tinieblas, lo desprecia todo: desprecia los sermones, las inspiraciones de la gracia, las amonestaciones, las censuras, el infierno y a Dios, y le acontece lo que al buitre que se ceba en un cadáver, que prefiere dejarse matar por los cazadores antes que tener que dejar la carnaza.

Llamamiento a los pecadores: Convertíos prontamente; si no, Dios os abandonará.— Temblemos, hermanos míos, como temblaba David cuando decía: *Ni me trague el abismo ni cierre sobre mí el pozo su boca.* Quien cae en un pozo podrá salir de él mientras vea la boca libre; pero, si la boca del pozo se cerrara, queda por completo perdido. Tal acontece con el pecador perdido en la sima de los malos hábitos: con cada pecado que comete se le cierra más y más el abismo, hasta que, cerrado herméticamente, sobreviene el abandono de Dios. Por esto, querido pecador, si estás habituado en el pecado, trata de salir pronto de ese pozo infernal antes de que se cierre sobre ti, es decir, antes de que Dios

te retire sus luces y te abandone, pues si te las retirara, se acabaría contigo y te condenarías.

32. Los malos hábitos endurecen el corazón

I. GRANDEZA DE ESTE ENDURECIMIENTO.— Además de cegar el mal hábito al pobre pecador, acaba por endurecerle el corazón, como dice Job: *Su corazón es duro como piedra y duro cual la muela inferior*. Bajo la influencia del mal hábito, el corazón se convierte como una piedra.

1.º *Nada lo puede ablandar*.— En vez de ablandarse con las divinas inspiraciones de la gracia y lo más fuertes sermones sobre el juicio divino, las penas del infierno y la pasión de Jesucristo, se endurece cada vez más, como el yunque a los martillazos. San Agustín abunda en la misma idea: «Su corazón resiste a la lluvia de la gracia, por lo que no puede producir fruto alguno de salvación. Esta lluvia de la gracia son los llamamientos de Dios, los remordimientos de la conciencia, el terror de la justicia divina; pero cuando la víctima del mal hábito, en lugar de aprovechar estos celestiales beneficios para llorar sus iniquidades y convertirse, prosigue el curso de su vida criminal, lo que consigue es endurecer cada vez más el corazón.

2.º *Es una señal de reprobación*.— Desde entonces empieza a tener señales de cierta reprobación, como dice Santo Tomás de Villanueva: «El endurecimiento es indicio de reprobación», porque, perdidas las luces y endurecido el corazón, vivirá el pecador en su obstinación hasta la muerte, según el terrible pronóstico

del Espíritu Santo: *Sin niñeta falta la luz y sin inteligencia no hay sabiduría* (Ecli. 3, 27).

3.º *El pecador se endurece hasta en sus confesiones.*— ¿De qué le valdrán las confesiones, si poco después de ellas vuelve a recaer en las mismas faltas? Dice San Agustín: «Quien se golpea el pecho y no se enmienda, no quita, sino consolida los pecados». Cuando te golpeas el pecho ante el confesor y no te enmiendas ni quitas la ocasión peligrosa, no los disminuyes, sino que haces más permanentes y sólidos, los pecados, es decir, te tornas en obstinado. *En torno se pasean los impíos*, dice el salmista. Esta es la desgraciada vida de los infelices habituados en el pecado, que se pasean siempre en torno a sus pecados y, si de momento se privan de ellos, de pronto también vuelven a ellos a la primera ocasión. A estos tales les predice como cierta San Bernardo la eterna condenación: «¡Desgraciado del que no sale de este círculo!»

II. CÓMO LLEGAA ELLO EL PECADOR.— Pero, dirá tal vez un joven, yo tengo la idea de convertirme luego y darme por completo a Dios.

I.º *Entra en este endurecimiento difiriendo su conversión.*— Conque vas a dejar que el mal hábito tenga tiempo de posesionarse por completo de ti, y entonces, ¿cuándo te enmendarás? Dice el Espíritu Santo que el joven mal habituado *ni aun cuando hubiere envejecido se apartará de él* (de su camino) (Pv. 2, 6). Los acostumbrados al vicio que sea, no resisten a cometer el pecado aun entre los brazos de la muerte. Cuenta el P. Recupito de cierto condenado a muerte que en el camino de la horca alzó la vista, vio a una joven y consintió en un mal pensamiento.— Cuenta a la vez el P. Gisolfo de cierto blasfemo condenado a la

horca que prorrumpió en una blasfemia cuando recibía el golpe fatal.

2.º *Adelanta con la sustracción de la gracia.*— Así, pues, dice San Pablo, (Dios) *de quien quiere se compadece y a quien quiere endurece* (Rm. 9, 18). En efecto, Dios usa de misericordia hasta cierto sentido y luego endurece el corazón del pecador; pero ¿cómo lo endurece? Lo explica San Agustín diciendo que en Dios endurecer equivale a rehusar la compasión. Dios no endurece positivamente al pecador habituario, sino que le retira su gracia en castigo de haber respondido ingratamente a sus mercedes anteriores, quedando así el corazón del pecador duro como una peña. «En efecto, dice el santo, para endurecer el corazón de este desgraciado, Dios no le infunde la malicia de la obstinación, sino que le retira su misericordia», es decir, la gracia eficaz de la conversión. Cuando el sol se retira de la tierra, el agua se endurece hasta helarse.

3.º *Se afianza de modo que nada le puede conmover.*— No se cae de un golpe, sino poco a poco, en tal miserable estado, dice San Bernardo, ni se endurece uno de pronto hasta el punto de menospreciar todas las amenazas de Dios y obstinarse ante los castigos. «Se llega insensiblemente, son sus palabras, a la dureza del corazón; pero, cuando se tiene el corazón endurecido, de nada valen amenazas ni castigos». En los habituarios se verifica lo que decía David: *Dios de Jacob, a la amenaza tuya se entorpecieron*.

Y así es: ni los terremotos, ni los rayos, ni las muertes repentinas les aterrorizan, y, en vez de despertarlos para que se den cuenta de su miserable estado, diríase que concilian el sueño de la muerte, en que se hunden para su perdición.

33. Los malos hábitos debilitan las fuerzas

1.º Cada pecado causa una herida, que debilitan al pecador.—*Me hiende brecha sobre brecha*, dice Job; *embistióme como un guerrero*. (Job. 16, 15). Comentando San Bernardo este texto de Job, se expresa así: Si alguno fuera asaltado por su enemigo, aun tendrá fuerzas para defenderse después de la primera herida; pero luego de la segunda y de la tercera perderá de tal modo las fuerzas, que acabará por sucumbir. Tal acontece con el pecador: después de la primera y de la segunda falta aun le quedarán fuerzas, contando siempre con la divina gracia: mas si continúa cometiendo pecados y da en la habitudinario, el pecado, crecerá como gigante contra quien no podrá el alma defenderse. Así como es muy difícil que un hombre se ponga en pie cuando, aplastado por un peñasco, ni tiene siquiera fuerzas para moverse, «así también es muy difícil, añade San Bernardo, que el habitudinario se levante cuando se siente aplastado por la mala costumbre». Y antes lo había dicho San Gregorio: «El pecado al que se habitúa el alma se convierte en peñasco que la aplasta por tierra; vanamente se esforzará por levantarse cuando sobre ella pesa esta mole que no cesa de oprimirla».

2.º La tentación ya no halla resistencia.—Escribe Santo Tomás de Villanueva que el alma que ha perdido la gracia de Dios no tardará mucho en cometer nuevos pecados. San Gregorio, comentando el pasaje de David: *Aviéntalos, mi Dios, cual alcauciles, cual hajarasca ante la faz del viento*, (Sal. 82, 14), dice: «Ven la facilidad con que el viento más ligero levanta la pajuela; de igual modo, antes de contraer el mal hábito se resistía, al menos algún tiempo, a la tentación, pero, no bien contraído el hábito, se cae en to-

das las ocasiones y no se hace más que pecar». ¡Qué cosa más tiránica, exclama San Juan Crisóstomo, que el mal hábito, que a menudo, aun a los que no quisieran, les hace caer en acciones ilícitas!» El mal hábito, con el tiempo, hace como necesario al pecado, y, como nota San Agustín, «cuando no se lucha contra la mala costumbre, se trueca en necesidad».

3.º *Los malos hábitos se convierten en segunda naturaleza.*— San Bernardino de Siena añade: «La costumbre se convierte en segunda naturaleza». Así como es necesaria la respiración, así se diría que los habitudinarios no pueden vivir sin pecar. ¡Tan esclavos son de este vicio! Digo *esclavos* porque una cosa son los criados, que sirven por la paga, y otra los esclavos, que sirven a la fuerza y sin retribución alguna; a este extremo de esclavitud llegan los habitudinarios, que pecan quizás sin gusto y quizás también sin ocasión de pecado: ¡hasta tal punto se han hecho esclavos del demonio! San Bernardino de Siena llama a estos tales molinos de viento, que continúan la molienda sin gana alguna de continuarla; es decir, que sin ocasión alguna prosiguen sus pecados, al menos de pensamiento. «Los desgraciados, dice San Juan Crisóstomo, faltos de auxilio de Dios, no hacen lo que quieren, sino lo que quiere el diablo».

PERORACIÓN: I.º *Temed una mala muerte. Ejemplo.*— Escuchad el hecho siguiente, acontecido en una ciudad de Italia, con relación a los malos hábitos, y que refiere un testigo ocular.

Cierto joven habitudinario vivía vida desgraciada. En vano le había Dios movido varias veces a cambiar de vida y en vano le habían avisado personas caritativas. Permitió el Señor que su hermana muriese repentinamen-

te, y entonces tuvo algún temorcillo; pero, apenas enterada aquélla, lo olvidó todo para tornar a las andadas. Dos meses después del fallecimiento de su hermana cayó el postrado por la fiebre, llamando entonces a un confesor, con quien se confesó. A pesar de ello, días más adelante exclamó: «¡Ay de mí, y qué tarde he reconocido los rigores de la justicia divina!» Vuelto al médico, le dijo: «No me atormente más con sus medicinas, porque mi enfermedad es incurable y sé que me llevará al sepulcro». Volviéndose a cuantos le rodeaban, les dijo: «Sabed que, como la vida de mi cuerpo no tienen remedio, tampoco lo tiene la vida de mi pobre alma, y, en consecuencia, me aguarda la muerte eterna. Dios me ha abandonado, como lo experimento por la dureza de mi corazón». Acudieron amigos y religiosos a infundirle ánimo y confianza en la misericordia divina, a lo que sólo respondía: «Dios me ha abandonado». Y dice quien escribió este suceso que, hallándose a solas con el desgraciado joven, le dijo: «Confianza, amigo; recibe el santo viático para unírte a Jesucristo»; y hubo de recibir esta respuesta. «Amigo, estás hablando a un peñasco; la confesión que acabo de hacer la hice sin dolor alguno; no quiero ni confesores, ni sacramentos, ni viático, porque haré cosas horrorosas». Retiróse desconsolado el amigo, y cuando volvió a visitarlo, dijéronle los familiares que había muerto aquella noche sin que le asistiera sacerdote alguno y que al punto de morir se sintieron a su puerta temerosísimos aullidos. He aquí cómo acaban los habitudinaris.

2.º *Haced confesión general.*— Pecador, hermano mío, si te hallares, desgraciadamente, en tan miserable estado, apresúrate a hacer confesión general, porque puede ser que, debido a los malos hábitos, hayas hecho malas confesiones.

3.º *Salid cuanto antes de la esclavitud del demonio.*— Oíd lo que nos dice el Espíritu Santo: *No entregues... tus años a un hombre cruel* (Pv. 5, 9). ¿Para qué quieres servir a dueño tan bárbaro como el demonio, enemigo tan implacable, que te hace vivir tan desgraciadamente en espera de hacerte vivir vida más desgraciada en el infierno por toda la eternidad?

Exhortación urgente.— *Lázaro, ven afuera.* Salid de la fosa del pecado; daos pronto a Dios, que os llama y está presto a abrazaros si os postráis a su planta; pero temed si esta no será la postrer llamada y si no os condenaréis por resistiros a ella.

34. La muerte es cierta

I. PRUEBAS SACADAS: I.º *De la Sagrada Escritura y su explicación.*— *Está reservado a los hombres morir una sola vez* (Heb. 9, 27). Esta sentencia mira a cada uno de nosotros; por tanto, todos habemos de morir. Dice San Cipriano que todos nacemos con el dogal al cuello, y cuantos más pasos damos, tanto más nos acercamos al patíbulo. El patíbulo de cada uno será la última enfermedad, que vendrá a darnos el golpe de gracia. Por tanto, hermano mío, como te hallas inscrito en el libro de bautizados, un día lo estarás en el libro de los difuntos. Como ahora, al nombrar a tus antepasados, dices: «Mi padre, de feliz memoria; mi difunto tío, mi difunto hermano», así los que en pos de ti vengan dirán de ti cuando hayas partido para el otro mundo. Y así como tantas veces oíste tocar a muerto por otros, así otros oirán tocar a muerto por ti.

2.º *De la oposición de esta certidumbre con las incertidumbres de la vida.*— En el futuro cargado de misterios sólo hay una cosa cierta: la muerte. Lo decía San Agustín: «En nuestro destino todo es incierto, la felicidad o la infelicidad; sólo la muerte es cierta». El niño que acaba de nacer, ¿será rico o será pobre? ¿Gozará de buena o de mala salud? ¿Morirá joven o anciano? Todo esto es incierto; lo cierto es que ha de morir, por poderoso que sea o descendiente de reyes.

3.º *De la fuerza irresistible de la muerte.*— San Agustín añade: «Se resiste al fuego, al agua, al hierro, al poderío de los reyes; pero ¿quién resistirá a la muerte?» Cuenta el Belovacense que cierto rey de Francia decía en sus últimos momentos: «Con todo mi poder no puedo alcanzar que la muerte espere ni una sola hora». Cuando haya llegado el fin de nuestra vida, no esperará la muerte ni un solo instante. *Su límite fíjate, dice Job, y no le traspasará* (Job. 14, 5).

4.º *Del testimonio universal de las cosas y de los hombres.*— Hay que morir. No sólo creemos esta verdad, sino que la vemos con nuestros ojos. Cada siglo ve cómo se llenan de nuevos seres las casas, las plazas y las ciudades, al paso que los antepasados desaparecen en el polvo de la tumba. Y así como para los que vinieron en la tierra desaparecieron los días del vivir, así vendrá un tiempo en que ninguno de los que vivimos viviremos. *Estaban ya mis días determinados cuando ninguno de ellos existía. ¿Qué varón vivirá sin ver la muerte?* Si hubiera quien fantasease que no había de morir, este tal no sólo sería hereje, porque es de fe que todos tenemos que morir, sino que sería también un loco. Sabemos que han fallecido todos los hombres, por poderosos que hayan sido, príncipes, emperadores, y «¿dónde están ahora, pregunta San Bernardo, los

amadores del mundo?», y responde: «No ha quedado de ellos sino ceniza y gusanos». De tantos grandes del mundo como hay sepultados en mausoleos marmóreos, ¿qué quedó sino un puñado de polvo y cuatro huesos descarnados? Sabemos que todos nuestros mayores murieron; esto nos recuerdan sus retratos, sus papeles, sus camas y sus vestidos; y ¿aun dudaremos o esperamos que no habremos también de morir nosotros? ¿Quién de los que hace cien años vivían por estas tierras vive ahora? Todos están en la eternidad viviendo en eterno goce de delicias o en eterna noche de tormentos, y está es la suerte que a nosotros nos tocará.

II. CONSIDERACIÓN MORAL SOBRE: I.º *La locura de quienes no piensan en la muerte.*— Pero, ¡ah Dios mío!, todos sabemos que tenemos que morir, y el mal está en que nos figuramos a la muerte tan lejana como si nunca hubiere de llegar, por lo que la perdemos de vista. Con todo, tarde o temprano, pensemos en ello o no lo pensemos, no sólo es cierto, sino de fe que tenemos que morir, y cada día, en efecto, nos acercamos a la muerte: *No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos en busca de la venidera* (Heb. 13, 14). Esta tierra no es nuestra patria; estamos en ella como de paso, cual peregrinos: *Mientras estamos domociliados en el cuerpo, andamos ausentes lejos del Señor*. Nuestra patria es el cielo, que hay que merecer con la gracia de Dios y nuestras buenas acciones. Nuestra casa no es la que habitamos al presente, que nos sirve tan sólo de morada pasajera; nuestra casa es la eternidad: *El hombre se va hacia la casa de su eternidad* (Ecl. 12, 5). ¿En qué género de locura daría el viajero que, al pasar por una región ajena a la suya, gastara su fortuna en comprarse casa, palacio,

con riesgo de tener que volverse a su país y tener que vivir en él vida miserable? Y ¿no será loco el que trata de vivir felizmente en este mundo, que tendrá de que dejar pronto, y con sus pecados se arriesga a vivir desgraciadamente en el otro mundo, del cual no habrá de retornar?

2.º *Locura de quienes buscan la satisfacción de los sentidos y olvidan la cuenta que han de dar.*— Decidme, amadísimos hermanos, si vieseis a un hombre que va condenado, escoltado por los ministros de la justicia, y en lugar de prepararse para la muerte, a que camina, fuese por las calles mirando las casas para encontrar una a su gusto, pensando en festines y en diversiones, pronunciando palabras indecentes y murmurando del prójimo, ¿no diríais del desgraciado o que está loco o abandonado de Dios? Pues ¿qué? ¿No camináis vosotros ahora a la muerte? ¿A qué, por tanto, pensar en la satisfacción de los sentidos? ¿Por qué no trabajar en arreglar las cuentas que un día, tal vez próximo, tendréis que presentar en el tribunal de Jesucristo? Almas de fe, dejad a los locos del mundo pensar en acrecentar la fortuna terrena, y vosotros pensad en la fortuna de la otra vida, que será eterna; la vida presente ha de acabar, y ha de acabar pronto.

III. EXHORTACIÓN: 1.º *Escuchad la voz de los muertos, que os avisa: recordad que tenéis que morir y preparad las cuentas.*— Acercaos al panteón donde descansan vuestros parientes y amigos y escuchad lo que os dicen los cadáveres: *A él ayer y a ti hoy.* Lo que a mí me ha sucedido también te sucederá a ti. También tú te convertirás en polvo y ceniza, y entonces ¿dónde se hallará tu alma si antes de morir no arreglas las cuentas con Dios? Hermanos míos, si queréis vivir bien y tener

arregladas las cuentas para aquel gran día en que se decidirá vuestra eternidad feliz o desgraciada, procurad vivir en los días que os restaren cara a la muerte. *¡Ay muerte, cuán buena es tu ley!* ¡Cuán bien juzga de las cosas y gobierna sus acciones quien juzga y gobierna cara a la muerte! El pensamiento de la muerte desase de todas las cosas terrenas. Decía San Lorenzo Justiniano: «Piénsese en el término de la vida y no habrá amores mundanos». ¡Cuán bien desprecia las riquezas, los honores y placeres de este mundo el que sabe que pronto tendrá que abandonarlo todo para ir al fondo de un sepulcro a ser pasto de gusanos!

Hay quienes rechazan el pensamiento de la muerte, como si bastara no pensar en ella para evitarla; pero no se puede evitar la muerte, y dejar de pensar en ella equivale a exponerse a tenerla desgraciada.

2.º *Mirad los ejemplos de los santos.*— Los santos, al considerar la muerte, despreciaron todas las fortunas terrenas. San Carlos Borromeo tenía sobre la mesa una calavera para que no le abandonara jamás el pensamiento de la muerte. El cardenal Baronio llevaba en el anillo este mote: «Piensa en la muerte». El venerable P. Ancina, obispo de Saluzo, tenía de continuo a la vista esta sentencia grabada en una calavera: «Fuí lo que eres; serás lo que soy». Cuando los santos se retiraban a los desiertos para vivir vida solitaria en las cavernas, llevaban consigo una calavera; y ¿para qué? Para prepararse a la muerte. Por esto, cierto piadoso solitario, cuando le preguntaron el porqué de su alegría cuando estaba para expirar, respondió: «Siempre tuve a la muerte ante la vista, y por eso ahora que llega no me infunde pavor». Por el contrario, ¡con qué terror la ven llegar los que no quisieron pensar en ella!

35. La hora de la muerte es incierta

I. INCERTIDUMBRE SALUDABLE: 1.º *Que detiene al pecador.*— Escribe el Idiota: «Nada hay más cierto que la muerte ni más incierto que su hora». No dudamos de que todos hemos de morir y de que ya determinó Dios el año, el mes, el día, el momento en que habremos de dejar la tierra para entrar en la eternidad; pero el momento en que habremos de morir no nos lo ha querido Dios revelar, y muy en justicia, dice San Agustín, porque, si hiciera conocer a cada cual el día establecido para su muerte, muchos continuarían pecando, en la seguridad de que no habían de morir hasta aquel día.

2.º *Que hace vivir cristianamente.*— Dios nos oculta la duración de nuestra existencia, dice el santo, para que vivamos toda ella cristianamente: «Se nos oculta el día postrero para que santifiquemos todos los días».

3.º *Que nos fuerza a vivir preparados.*— De aquí que Jesucristo nos exhorte: *Estad apercebidos, pues a la hora que no pensáis viene el Hijo del hombre* (Lc. 12, 40); con lo que nos quiere dar a entender que la muerte nos asaltará cuando menos lo pensemos a morir, como escribe San Gregorio: «Dios nos deja en la incertidumbre sobre la hora de nuestra muerte para que ésta no nos coja de improviso». San Pablo nos advierte igualmente que el Señor nos vendrá a juzgar como el ladrón que entra de noche en la casa, dándonos con ello a entender que llegaremos a tal día antes de que lo pensemos. Pues ya que la muerte, dice San Bernardo, nos puede quitar la vida en cualquier momento y en cualquier lugar, si queremos vivir santamente y salvarnos es preciso que la estemos esperando en todo tiempo y lugar. «La muerte nos aguarda en

todas partes, son sus palabras; luego en todas partes la debemos esperar».

Repitémoslo con San Agustín: «Si el Señor nos oculta el día de la muerte, es para que santifiquemos todos los días».

II. INCERTIDUMBRE INQUIETADORA: I.º *La muerte se avecina.*— Muchos cristianos tienen la desgracia de condenarse, porque muchos, aun entre quienes la ancianidad inclina sobre la tumba, se imaginan que la muerte está aún lejos y que no los herirá sin darles tiempo para prepararse. «Los hombres, en el endurecimiento de su corazón, dice San Gregorio, miran la muerte como lejana, aun cuando experimenten sus primeros golpes». Amadísimos oyentes, ¿lo juzgáis así vosotros? Pues bien, ¿qué sabéis si la muerte está próxima o lejana?

2.º *Puede venir súbitamente y de improviso.*— ¿Quién os garantiza que se os dará tiempo para prepararos? ¿De cuántos sabemos que murieron súbitamente, unos en el viaje, otros sentados y otros durante el sueño? ¿Había uno solo de ellos que creyese que iba a morir como murió? Sin embargo, así murieron, y si se hallaban en desgracia de Dios, ¿dónde habrán ido a parar sus miserables almas? ¡Desgraciada del alma a la que sobreviene de improviso la muerte!

3.º *Siempre llega de improviso para los pecadores.*— A cuantos viven con la conciencia de ordinario embrollada declaro que morirán de improviso, aun cuando tengan siete u ocho días de preparación, porque difícilmente, como demostraré en el sermón 19, podrán en esos días de confusión y espanto ajustar bien sus cuentas, convirtiéndose verdaderamente a Dios. Pero también repito que puede ser que la muerte asalte de modo

que ni se cuente con el tiempo para recibir los sacramentos. Y ¿quién sabe si estará vivo dentro de una hora? Por esto temblaba Job al decir: *No sé yo cuánto tiempo existiré aún ni si dentro de poco me llevará mí Creador* (Job. 32, 22). Atendamos al consejo de San Basilio, que nos exhorta a que cuando nos acostemos no estemos fiados en que habremos de amanecer.

4.º *Puede arrebatarse al pecador inmediatamente después o en el acto del pecado.*— Cuando el demonio os induzca a pecar diciéndoos que luego os confesaréis y adoptaréis los remedios, respondedle: ¡Quién sabe si hoy será el último de mi vida! Y si después de pecar me sorprendiera la muerte sin darme tiempo para confesarme, ¿qué sería de mí por toda la eternidad? ¡Cuántos pecadores murieron y cayeron en el infierno en el mismo tiempo en que paladeaban el emponzoñado placer! *Como peces que son cogidos en red..., así son prendidos los hijos del hombre en el tiempo aciago* (Eccli. 9, 12), dice el Eclesiástico. Por *tiempo aciago* se ha de entender aquí el momento en que el pecador verifica actualmente el mal. Pecan los pecadores prometiéndose la paz y creyéndose seguros con el pensamiento de que harán una buena confesión para así evitar el infierno, mas la muerte sobrevendrá repentinamente y les arrebatará el tiempo de poner remedio a tanto mal: *Así que digan: «Paz y seguridad», entonces de improviso se les echa encima el extrerminio* (1 Ter. 5, 3).

III. INCERTIDUMBRE FATAL: I.º *La muerte puede causar la pérdida del alma, pérdida total.*— ¡Cosa chocante! Si a alguien se le debe cierto dinero, éste toma sus precauciones y hace que el deudor firme la deuda, pues el acreedor piensa: ¡Quién sabe lo que puede pasar! Puede venir la muerte y me puedo que-

dar sin el dinero. Y ¿por qué no habríamos de usar la misma cautela respecto del alma, que vale más que todos los intereses? ¿Por qué no se piensa igual: Quién sabe lo que puede pasar? Perder cierta cantidad de dinero no es perderlo todo; pero, perdida el alma, todo está perdido.

2.º *Pérdida irreparable*.— Además, el dinero perdido se puede de nuevo ganar, y si se pierde por una parte, se puede ganar por otra, pero, perdida el alma por la muerte, se pierde todo, sin que haya esperanza de recuperarla en la otra vida. Si se muriera dos veces, en la segunda se podría salvar el alma que se perdió en la primera; pero no: *Está reservado a los hombres morir una sola vez* (Heb. 9, 27); una sola vez, por eso nuestra suerte no está más que una sola vez en nuestras manos; si no salimos airoso en la primera vez nos hemos perdido para siempre; que por eso también al condenarse se le llama error sin remedio: «Quien pereció una vez pereció para siempre».

PERORACIÓN: 1.º *Imitad la solicitud de los santos*.— Cuando al Santo P. Juan de Avila, santo apóstol español, le anunciaron la noticia de su muerte, respondió el excelso siervo de Dios, que desde niño había vivido santamente: «¡Ojalá tuviera un poco de tiempo para prepararme a morir!» También el abab San Agatón, al morir después de tantos años de penitencia, exclamaba: «¿Qué sera de mí? ¿Quién sabe los juicios de Dios?»— Y tú, ¿qué dirás, cristiano mío, cuando se te anuncie la noticia de tu muerte y te diga el sacerdote que te asista: Parte, alma cristiana de este mundo? Tal vez digas: Esperad un poco a que me prepare. —No; de prisa, que la muerte no espera. — Por eso ahora es necesario que nos preparemos a morir: *Con temor y temblor obrad vuestra propia salud*. Nos

advierte San Pablo que, si queremos salvarnos, debemos vivir temiendo y temblando que no nos sorprenda la muerte en pecado. Pensad, hermanos, que se trata de la eternidad: *Si un árbol cae hacia el sur o hacia el norte, en el lugar que el árbol cae, allí quedará.* ¡Qué felicidad si en la hora de la muerte el árbol de tu vida cayere al mediodía, es decir, a la eterna salvación! ¡Qué alegría experimentarás al poder decir entonces: «Estoy salvo; lo he asegurado todo, ya no puedo perder a Dios y seré feliz para siempre». Pero si cayeres de la parte del aquilón, es decir, del lado del infierno, ¿qué dirás entonces? Dirás desesperado: «¡Desgraciado de mí, que me engañé y lo perdí todo sin remedio!»

2.º *Decidíos a servir a Dios.*— ¡Ea, pues!, tomad ahora la firme resolución de daros del todo a Dios. Así tendréis una buena muerte y seréis felices por toda la eternidad.

36. Todo acaba

I. TRISTE IMPRESIÓN QUE LES CAUSA A LOS MUNDANOS LA MUERTE.— El hombre que viene entre delicias y honores, aun cuando haya llegado al ideal de sus deseos, verá de pronto sobrevenirle la muerte para decirle: *Dispón lo referente a tu casa, porque vas a morir* (Is. 38, 1).

1.º *Que se anuncia.*— ¡Dolorosa noticia! El desgraciado tendrá que decir entonces: Adiós, mundo; adiós, ciudades; adiós, tierras y propiedades; adiós, parientes; adiós, amigos; adiós, cacerías, adiós, bailes; adiós,

festines y honores; todo se acabó ya para mí. Sí, todo se acabó y, por buenas o por malas, hay que abandonarlo todo. *No lo llevará todo al morir ni habrá de descender tras él su fausto* (Sal. 48, 18). Dice San Bernardo que la muerte obra la terrible separación del alma, el cuerpo y todas las cosas terrenas.

Si a los grandes de la tierra, a quienes los mundanos llaman dichosos, se les hace tan amargo el solo nombre de la muerte que ni quieren oírlo, porque todo su afán es la tranquilidad en la posesión de los bienes terrenos, como dice el Eclesiástico: *¡Oh muerte, cuán amargo es tu recuerdo para el hombre que goza en paz de sus riquezas!* (Eccli. 41, 1), ¡cuántos más amarga se les hará la misma muerte cuando venga en realidad!

2.º *Que llega.*— ¡Desgraciado del que no se hallare entonces desaido de los bienes terrenos! Cada golpe encierra su dolor, por lo que, cuando le llegue al corazón la hora de separarse, por medio de la muerte, de los bienes en que había cifrado todo su amor, experimentará sin igual dolor. Esto es lo que le hacía exclamar al rey Agag: *¡Ciertamente es amarga la muerte!* Esta es la gran miseria de los que próximos ya a ser llamados al juicio de Dios, en lugar de preocuparse en poner en orden los asuntos de su conciencia, se ocupan en pensamientos terrenos. «Este es, dice San Agustín, el castigo reservado a los pecadores, que, por haber olvidado a Dios durante la vida, se vengan a olvidar de sí mismos en la muerte».

II. DESPOJOS Y CASTIGOS QUE OBRA.— Sea cual fuere el apego que se tenga a las cosas de este mundo, hay que abandonarlo todo en la hora de la muerte, y así como entramos en la vida desnudos, desnudos saldremos de la muerte: *Desnudo*, decía Job, *salí del*

seno de mi madre y desnudo volveré allá (Job. 1, 21). Los que pasaron toda la vida reuniendo riquezas, de cuantos bienes amontonaron a expensas de la salud, del descanso y del alma, no podrán llevarse absolutamente nada consigo; abrirán entonces sus ojos, y los infelices nada hallarán de cuanto adquirieron, por lo que, como en el horror de una noche oscura, se apoderará de ellos una tempestad de penas y de tristezas: *Rico se acuesta y no tornará a hacerlo; ha abierto los ojos y ya no existe. Terrores le sobrecogen en pleno día; de noche lo ha arrebatado un torbellino* (Ibid. 27, 19-20). Cuenta San Antonino que el sultán de los sarracenos Saladino ordenó que al llevarlo a la sepultura fuese delante de él un soldado con una pica enhiesta, de la que colgase su propia mortaja, y fuera a la vez pregonando: «He aquí tan sólo lo que el sultán Saladino se lleva a la tumba». – Cuenta también San Antonino a propósito de Alejandro Magno, de quien dice la Escritura que *enmudeció la tierra ante él*. que, al enterarse cierto filósofo de su muerte, pensaba en alta voz y decía: «Ayer Alejandro hollaba bajo sus pies y hacía temblar a la tierra, y hoy yace bajo cuatro palmos de ella; ayer era el mundo pequeño para el vuelo de su ambición, y hoy día tiene que contentarse con unos puñados de tierra». Cierta día que San Agustín u otro célebre autor visitaba el sepulcro de César, exclamaba: «Ayer los patricios te rendían pleitesía, las ciudades te honraban como dios, a todos infundías temor; pero ahora, ¿dónde está tu magnificencia?» He aquí la respuesta de David: *He visto yo al impío engreírse y extenderse cual frondoso cedro; (de allí a poco) pasé y ya no estaba* (Sal. 35, 35). ¡Cuántos de estos espectáculos vemos a diario en el mundo! Aquel pecador primero era pobre y despreciado; se enriqueció y no le faltaron honores y dignidades, tanto que a

todos le envidiaban su suerte; mas al llegar la muerte era público el comentario: «Este supo conquistarse un puesto honroso en el mundo, pero ¿de qué le ha valido, si con la muerte acabó todo para él?»

III. AVISOS QUE HACE A LOS RICOS Y A LOS SOBERBIOS:

1.º *Considerad en lo que os trocaréis por la muerte.*— El Señor dirige este reproche a los que se engríen con los honores y riquezas de esta tierra. Desgraciado, ¿de dónde te viene este orgullo? Por muchos bienes que poseas y honores que se te tributen, no te olvides que eres tierra: *Eres polvo y tornarás al polvo* (Eccli. 10, 9). Día vendrá en que fallezcas, y, una vez muerto, ¿de qué te servirán los títulos y fortunas con que te envaneciste? Vete, dice San Ambrosio, vete al cementerio en que yacen sepultados ricos y pobres y mira si distingues quién fue el rico y quién el pobre; todos están desnudos y no tienen más que cuatro descarnados huesos.

2.º *Desasíos y convertíos, pero no tardéis en hacerlo.*— Si los hombres de mundo quisieran recordarse de la muerte, ¡cuánto bien harían a su alma! *Cuando al cementerio es conducido, sobre un mausoleo vela* (Job. 21, 32). A la vista de aquellos cadáveres se recordará de la muerte y que él un día vendrá a ser uno de ellos, y así despertará del sueño mortal en que tal vez vivía sumido. Desgraciadamente, los mundanos no quieren pensar en la muerte sino precisamente cuando se presenta y en la hora en que han de partir de este mundo para entrar en la eternidad; por eso viven tan apegados a los bienes mundanos, como si nunca tuvieran que marchar del mundo. Pero no; la vida del hombre es breve y pronto acabará; todo acaba, y todo acaba pronto.

37. Todo acaba pronto

I. EL PECADOR OLVIDA LA MUERTE, PERO ELLA SE ACERCA SIN CESAR, CORRE Y PRONTO DA AL TRASTE CON TODO.— Todos los hombres están convencidos de que habrán de morir; pero se figura a la muerte tan lejana como si no tuviese que llegar. Pero no, dice Job: *El hombre..., corto de días y harto de inquietud, brota y se marchita como una flor* (Job. 14, 1). La salud al presente se siente tan debilitada, que la mayoría mueren, como lo patentiza la experiencia, antes de los sesenta años. Y ¿qué otra cosa es nuestra vida, pregunta Santiago, sino *una emanación vaporosa que por un instante parece y luego desaparece* (Sant. 4, 15), con sola una corriente, una fiebrequilla, un ataque de apoplejía, un absceso que da al traste con tantos seres? Decía al rey David la mujer tecuíta: *(Todos) morimos sin remedio y somos aguas derramadas en tierra, que no se pueden ya recoger*; y le sobraba razón, porque como los ríos y riachuelos corren al mar sin que ninguna de sus aguas torne atrás, así corren nuestros días, y la vida se nos desliza a la muerte.

Mis días han sido más rápidos que correo, decía Job. La muerte sale a nuestro encuentro más rápida que la posta, de modo que a cada paso que damos y a cada respiración que emitimos nos acercamos a ella. San Jerónimo, al paso que escribía, pensaba también que era tiempo que le acercaba al morir, y decía: «Lo que escribo lo quito de mi vida». Digamos, pues, con Job: «Pasan los años, y con los años pasan los placeres, los honores, las pompas y cuanto hay en la vida. *Sólo el cementerio me resta*». En efecto, después de tantas fatigas en él como hombres de valor, de talento, de ingenio, ¿en qué acabará todo ello? Acabará en la obscuri-

dad y el pudrilero de la tumba. He aquí, por lo tanto, se dirá el pobre mundano cuando esté para morir, que esta hermosa casa y este jardín, estos mis muebles de tanto gusto, las pinturas y los lujosos vestidos, ya no son míos, y lo único que me queda es un sepulcro.

II. VIENE DE GOLPE A ATERRAR AL PECADOR Y SORPRENDERLE.— Puede el hombre durante la vida estar absorbido en los negocios mundanos y en los placeres terrestres, pero tarde o temprano acontecerá, dice el Crisóstomo, que han de tomar los pensamientos otro curso cuando el temor de la muerte invada al pecador, temor que abrasa las cosas de la vida presente e induce al alma a pensar y a preocuparse de lo que será de ella después de la muerte, en la eternidad. Entonces, dice Isaías, *se abrirán los ojos de los ciegos*, de aquellos que se afanaron toda la vida en adquirir bienes terrenos y atendieron poco a los intereses del alma. A todos estos les acontecerá lo que el Señor nos avisa: que la muerte les sobrevendrá cuando menos lo piensen: *A la hora que no pensáis, viene el Hijo del Hombre* (Lc. 12, 40).

Para estos miserables siempre llega la muerte de improviso: realmente, a estos hombres amadores del mundo no se les habla de ordinario de la muerte sino en el momento en que su estado es desesperado. Ahí lo tenéis, pues, en sus postreros días ante una cuenta de cincuenta o sesenta años vividos en la tierra. Entonces desearán otro mes, otra semana para ajustar mejor las cuentas y ordenar su conciencia, pero *se buscará paz y no la hallarán* (Ez. 7, 25).

III. FINALMENTE, LO LANZA A LA ETERNIDAD CON SUS OBRAS PARA SER JUZGADO.— Como ya no es hora de concesión de tiempo, el sacer-

dote que asista leerá la orden divina de partir de este mundo, diciendo: «Parte, alma cristiana, parte de este mundo». ¡Qué entrada tan funesta en la eternidad hacen los mundanos que mueren envueltos en tantas tinieblas y confusiones por no haber arreglado bien sus cuentas con Dios.

Balanza y platillos justos son de Yahveh (Pv. 16, 11). En el tribunal del Señor no se pesan ni la nobleza, ni la dignidad, ni las riquezas, sino tan sólo dos cosas: los pecados de los hombres y las mercedes de Dios. Quien haya correspondido fielmente a las luces y llamamientos divinos será recompensado, y quien no haya correspondido será condenado. No solemos estimar en mucho las gracias de Dios, pero el Señor sí que las lleva en cuenta una a una, y cuando ve al pecador despreciándolas hasta cierto número, le abandona en su pecado, y así permite que muera: *Lo que siembre uno, eso mismo cosechará* (Gal. 6, 8). De las fatigas por que tuvo que pasar para adquirir honores, riquezas, aplausos, nada recogerá en la hora de la muerte, pues todo lo habrá perdido; solamente se recogen frutos de vida eterna con las obras hechas por Dios o con las tribulaciones por El sufridas.

PERORACIÓN: I.º *Trabajad en vuestra salvación que es el asunto más importante y el único; todo lo demás pasa.*— Por eso San Pablo nos exhorta y aun nos ruega que nos ocupemos en lo que es, sobre todo, de nuestra incumbencia. Y yo pregunto, ¿qué cosa será, sobre todo, de nuestra incumbencia? ¿Amontonar dineros o ser renombrado entre los hombres? No, ya que aquí se habla del negocio del alma, del que habló primero Jesucristo al decir: *Negociad en tanto que vuelvo*. En fin para que el Señor nos puso y conserva en el

mundo es para salvar el alma y alcanzar con las buenas obras la vida eterna. Este es el fin de nuestra creación: *El paradero, la vida eterna* (Rm. 6, 22). La finalidad de nuestra salvación no es el asunto más importante que tenemos entre manos, sino el principal y, por mejor decir, el único, porque, salvada el alma, todo se ha salvado, en tanto que si la perdemos, también lo perdemos todo. En consecuencia, como dice la Escritura, *combate por la verdad hasta la muerte, y Yahveh guerrearé por ti* (Eccli. 4, 33). Este es el negociar que el Salvador pide de cada uno de nosotros: *Negociad en tanto que vuelvo*, teniendo siempre ante los ojos el día en que ha de venir para exigirnos cuenta de nuestra vida.

Todas las cosas de este mundo, riquezas, aplausos, honores, todas, como ya dijimos, han de acabar, y han de acabar pronto. *Pasa la configuración de este mundo* (1 Cor. 7, 31); la escena de este mundo pasa. ¡Feliz quien en la representación desempeña bien el papel que le corresponde y logra salvar su alma anteponiendo los intereses del alma a todo interés temporal del cuerpo, según lo dan a entender aquellas palabras: *Quien aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna* (Jn. 12, 25). Necedad de los mundanos es decir: ¡Dichosos los ricos! ¡Dichosos los que sobresalen! ¡Dichosos los que no se privan de placer alguno! Todo ello necedad, porque la única dicha se cifra en amar a Dios y en salvar el alma. Sólo esto pedía a Dios el rey David, la salvación del alma: *Una cosa al Señor tengo pedida y por ella yo anhele* (Sal. 26, 4). San Pablo decía que todo lo despreciaba como estiércol para conquistar la gracia de Jesucristo, que encierra la vida eterna: *Todas las cosas estimo ser una pérdida... y las tengo por basuras a fin de ganarme a Cristo* (Fil. 3, 8).

2.º *No os inquietéis por las cosas de este mundo y, ante todo, servid a Dios.*— Dirá, tal vez, un padre de familia: «Yo trabajo, mas no tanto por mí cuanto por dejar un honrado pasar a mis hijos». A esto respondo: Claro está que si malbaratases todos los bienes que posees y dejases a tus hijos sumidos en la pobreza, obrarías funestamente y pecarías; pero para dejar holgados a tus hijos, ¿vas tú a perder el alma? Y si te condenas, ¿irán quizás tus hijos a sacarte del infierno? ¡Insigne locura! Escucha lo que dice David: *Nunca he visto al justo abandonado ni a su progenie mendigando el pan* (Sal. 36, 25). Preocúpate tú de servir a Dios, observa las reglas de la justicia, y el Señor cuidará de que nada falte a tus hijos; con ello lograrás salvarte y adquirirás el tesoro eterno de felicidad, que no te podrá nadie arrebatarse, como te arrebatará la muerte, cual ladrón, cuantos bienes posees en la tierra. A esto nos exhorta el Salvador diciéndonos por San Mateo: *Atesoraos más bien tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los hacen desaparecer y donde los ladrones no perforan las paredes y roban* (Mt. 6, 20).

3.º *Recordad la finalidad de la vida, que es adquirir los bienes eternos; los bienes de la tierra sólo son medios, y muy inferiores a los primeros.*— He aquí, para concluir, el hermoso consejo que nos da San Gregorio para vivir cristianamente y merecer la vida eterna: «Tomad por fin la eternidad y como medio los bienes terrenos». Es preciso que nuestras obras tengan en la tierra por finalidad la adquisición de los bienes eternos; en cuanto a los bienes temporales, que tan sólo nos sirvan para sostener la vida en el poco tiempo que habremos de vivir en el mundo. Y continúa diciendo el Santo: «Así como es infinita la dis-

tancia que hay entre la finita vida presente y la eternidad, así tiene también que haber infinita distancia entre la solicitud que debemos tener por los bienes eternos, que habremos de disfrutar para siempre, y los bienes de esta vida, de los que pronto nos despojará la muerte».

38. Muerte del pecador

1.º *El pecador se turba por lo cercano de la muerte.*— *Su vida se acabará en la tempestad* (Job. 36, 14). Los desgraciados que viven en pecado mueren en medio de la tempestad con que de antemano les amenazó Dios: *Una tempestad estalla, sobre la cabeza de los impíos se precipita* (Jn. 23, 19). Durante los primeros días de la enfermedad, el pecador no se aflige mucho ni teme gran cosa, porque los parientes, los amigos y los médicos le dicen: «Es cosa de poco»; por lo que se ilusiona con que pronto va a curar; mas cuando la enfermedad avanza y comienzan a aparecer los síntomas malignos, nuncios de la muerte, que se aproxima, comienza la tempestad anunciada por Dios: *Cuando llegue vuestro espanto cual tormenta* (Pv. 1, 27).

2.º *Y, sobre todo, por lo innumerable de sus pecados.*— El enfermo sentirá estallar esta tempestad con los dolores de la enfermedad, con los temores de tener que partir de la tierra y dejarlo todo y, sobre todo, con los remordimientos de la conciencia, que le pondrá a la vista toda su desarreglada vida: *Al recuerdo de sus delitos vendrán acobardados, y los reconven-drán, alzándose en contra, sus iniquidades* (Sal. 4, 20).

Entonces aparecerán los pecados, y, a su vista, las mismas culpas, sin otro testimonio alguno, asaltarán al pecador y lo convencerán de ser reo del infierno.

3.º *Sólo le pondría calmar una sincera conversión, que es rarísima, porque de ordinario la contribución de este pecador es falsa, porque durante su vida se cegó y endureció voluntariamente, y recibirá su castigo.*—Cierto que estos pecadores se confesarán, dice San Agustín, pero la penitencia que se exige al enfermo es penitencia enfema. Según San Jerónimo, «de cien mil hombres que han vivido empecatados hasta la muerte, a duras penas si se salvará tan sólo uno». Añade San Vicente Ferrer que «sería mayor milagro que se salvara uno de éstos que resucitase un muerto».

Los desgraciados conocerán el mal hecho y querrán, pero no podrán, detestarlos. Antíoco reconoció la malicia de sus pecados, ya que dijo: *Ahora recuerdo los males que hice en Jerusalén*; los recordó, sí, pero no tuvo ánimo para detestarlos y murió acabado de tristeza: *He aquí que muero con gran tristeza*. Igual aconteció con Saúl en la hora de la muerte, como dice San Fulgencio: «Reconoció sus pecados, temió el castigo que por ellos merecía, pero no los odió».

¡Cuán difícil es que el pecador que ha dormido años y años en el pecado se convierta verdaderamente en el momento de la muerte, por tener la mente oscurecida y endurecido el corazón: *Su corazón es duro como piedra y duro cual la muela inferior*. En lugar de ser fieles a la gracia y escuchar los llamamientos de Dios, se endurecieron más y más, como se endurece el yunque a los martillazos, en pena de lo cual seguirá duro el corazón en la hora de la muerte: *Un corazón obstinado tendrá mal fin, y quien ama el peligro sucumbirá en él* (Eccli. 3, 25). Ya que hasta la muerte amaron

los pecadores el pecado y, por lo tanto, el peligro de condenarse, justamente permitirá Dios que perezcan en el peligro en que quisieron vivir hasta la muerte.

Escribe San Agustín que aquel a quien deja el pecado antes de que el pecador lo deje, difícilmente en la muerte lo detestará como se debe, porque entonces lo detestará no por odio que a él tenga, sino forzado por la necesidad. ¿Y cómo podrá odiar al pecado quien lo amó hasta la muerte? Entonces deberá amar al enemigo que hasta ese punto había odiado y deberá odiar a la persona que hasta entonces había amado. ¡Qué montañas de dificultades!

4.º *Poder que el pecado ejerce sobre el pecador.*— Pasará fácilmente entonces lo que pasó a unos hombres que tenían encadenadas ciertas fieras para lanzarlas sobre sus enemigos cuando llegaran: cuando las fueron a soltar, en vez de lanzarse las fieras sobre los enemigos se lanzaron sobre sus guardianes y los devoraron. Cuando quiera el pecador librarse de sus iniquidades, acabarán ellas por arruinarlo o con la complacencia de objetos hasta entonces gratos o con la desesperación del perdón al ver la enormidad y muchedumbre de sus pecados: *Alcanzará al malo la desgracia de modo repentino* (Sal. 139, 12). Dice San Bernardo que el pecador en la muerte se verá como vestido y encadenado por los propios pecados, que le dirán: «Obras tuyas somos; no te dejaremos», y, lejos de quererte abandonar, te acompañaremos hasta el juicio final y hasta la eternidad en el infierno.

39. Los asaltos del demonio

1.º *El demonio ataca fuertemente a los moribundos. Pruebas.*— Bajó a vosotros el diablo con gran coraje, sabiendo que cuenta con poco tiempo (Ap. 12, 12). En el decurso de la enfermedad sabe el demonio que no tardará el alma en salir de este mundo, por lo que emplea todas sus fuerzas para no dejarla escapar de sus manos. Dice el concilio de Trento que Jesucristo nos dejó el sacramento de la extremaunción como firmísima defensa contra las tentaciones que al fin de la vida lanzará el demonio. Y añade que el enemigo en ningún tiempo como entonces desencadena tan violentos combates para perdernos y hacernos desconfiar de la divina misericordia.

2.º *Asalta terriblemente a los santos. Ejemplos.*— ¡Cuán terribles son los asaltos y los brazos que tiende el demonio a las almas de los pobres moribundos, aun de quienes vivieron vida santa! Esto afirmó el rey San Eleázaro luego de verse libre de una gravísima enfermedad. Las tentaciones, dijo, con que el demonio asalta en la hora de la muerte no las pueden comprender sino quienes las experimentan. Léese en la vida de San Andrés Avelino tan fiero combate con el infierno al tiempo de su agonía, que hizo temblar a cuantos religiosos le asistían. Vieron cómo por la agitación se le hinchaba y tornaba negro el rostro, temblábale el cuerpo y le brotaban de los ojos arroyos de lágrimas. Todos lloraban de compasión y estaban llenos de terror viendo cómo moría un santo; con todo, luego hubieron de consolarse cuando, al presentar al santo una es estampa de la Santísima Virgen, se serenó, expirando plácida y alegremente su bendita alma.

3.º *Asalta, sobre todo, terriblemente a los pecadores.*— Si así acontece con los santos, ¿qué acontecerá

con los pobres pecadores que han vivido empecatados hasta la muerte? Entonces es cuando el demonio tentador no viene solo a tentar de mil modos para perderlos por una eternidad, sino que llama en su auxilio a muchedumbre de demonios: *Sus casas se llenarán de buhos*. Cuando se está para morir, llénase la casa de demonios que aúnan sus esfuerzos para perderlos: *Todos sus perseguidores le han dado alcance entre las angustias*. Todos estos enemigos formarán un cerco terrible en medio de tantas angustias de muerte; uno dirá: «No tengas miedo, porque no morirás de esta enfermedad». Otro exclamará: «Has vivido largo tiempo sordo a la voz de Dios, que ahora te tratará bondadosamente». Otro: «Pero ¿cómo te las arreglarás ahora para remediar tamaño mal como has hecho al prójimo en su fortuna y en su reputación? ¿No ves que fueron nulas las confesiones que hiciste, pues no iban acompañadas de verdadero dolor ni seguidas de sincero propósito? ¿Cómo remediarlo ahora que tu corazón está endurecido más aún de lo que sospechas? ¿No ves que estás condenado?» Y en medio de tales angustias e insultos de desesperación, el pobre moribundo, turbado y confundido, pasará a la eternidad: *En plena noche se resuelve un pueblo y desaparecen* (Job. 24, 20).

40. El temor de la muerte eterna

TEMOR FUNDADO, PORQUE MORIRÁ EN SU PECADO.— PRUEBAS: I.º *Dios no ha prometido a los pecadores la gracia de la conversión en la hora*

de la muerte, sino lo contrario.— ¡Desgraciado del cristiano a quien los primeros golpes de la muerte hallaren en pecado mortal! Cuando se vive hasta la muerte en pecado, en pecado se muere: *Moriréis en vuestro pecado* (Jn. 8, 21).

Cierto que en cualquier hora en que el pecador se convirtiere, Dios prometió perdonarlo; pero a ningún pecador prometió Dios que se habrá de convertir cuando vaya a morir. Dice Isaías: *Buscad a Yahveh (ahora) que pude ser hallado* (Is. 55, 6). Por tanto, tiempo vendrá para algunos pecadores en que buscarán a Dios y no lo hallarán: *Me buscaréis y no me hallaréis*.

2.º *En tal momento su penitencia no es sincera.*— Los desgraciados se confesarán en la hora de la muerte, prometerán, clamarán, pedirán a Dios misericordia, pero sin saber lo que hacen. Les pasa a éstos lo que pasaría al que se viese bajo los pies de su enemigo que blande el puñal para hundírselo en la garganta; llorará este tal, pedirá perdón, prometerá servirlo como esclavo toda la vida; pero nada de esto creará su enemigo. Lo que creará es que todas sus palabras son fingidas y sólo para huir de la muerte y que si lo perdona sería más enemigo que antes. Igualmente, como Dios sabe que todos aquellos arrepentimientos y promesas del moribundo no provienen del corazón, sino del temor de la muerte y de la condenación próxima, ¿cómo lo pondrá perdonar?

3.º *Dios los abandona por justo castigo. Ejemplo de muerte funesta.*— El sacerdote asistente, al pie del lecho, leerá la recomendación del alma y pedirá al Señor que reconozca a su criatura, pero Dios responderá: «Reconozco que esta criatura es mía; pero ella no me ha estimado como Creador, sino que me ha tra-

tado como enemigo». El sacerdote proseguirá rogando: «No te acuerdes, Señor, de sus iniquidades»; y Dios le responderá: «Le perdonaría las culpas cometidas en su juventud, pero sépase que ha continuado despreciándome hasta el momento de la muerte: *Me volvieron la espalda y no el rostro; pero en tiempo de su desventura dicen: «¡Levántate y sálvanos!» ¿Dónde están, pues, tus dioses que te fabricaste? Alcense, a ver si te libran!*» (Jr. 2, 27). Tú, dirá Dios, me volviste las espaldas hasta la muerte, y ¿ahora quieres que te libre del castigo? Clama a tus dioses, es decir, a aquellas criaturas, a aquellas riquezas, a aquellos amigos a quienes amaste más que a mí; llámalos para que ahora vengan a ayudarte y librarte del infierno que te aguarda. Ahora me toca a mí vengarme en toda justicia de las ofensas que me hiciste. Sobrado conocidas te eran mis amenazas a los pecadores obstinados, y no hiciste caso alguno de ellas: *Correspóndeme a mí la venganza y el pago* (Dt. 32, 35). Llegó ya el tiempo de mi venganza y es justo que se ejecute.

Muerte funesta de un pecador reincidente y endurecido.— Cuenta el P. Carlos Bovio que había un gentil-hombre en Madrid que vivía licenciosamente; pero, debido a la muerte desgraciada de un amigo suyo, se confesó y se resolvió a ingresar en una religión observante. No ejecutó luego esta inspiración y volvió a su mala vida pasada. Reducido a la miseria, anduvo vagabundo, de trotamundos, y llegó a Lima, donde enfermó, y en el hospital pidió un confesor, prometiendo de nuevo cambiar la vida e ingresar en religión. Al recobrar la salud recobró los malos hábitos y la mala vida, cuando estalló sobre él la venganza divina. El misionero que le había confesado un día el Lima pasaba en cierta ocasión por una montaña y oyó una voz que au-

llaba como una bestia; atendió el aullido y vio a un hombre a quien se le caían las carnes y que, aullaba desesperado; empezó por dirigirle buenas palabras; pero el moribundo, abriendo los ojos, lo reconoció y dijo: «¿También tú, para colmo, de miserias, vienes a ser testigo de las justicias divinas? Sábetelo que soy aquel enfermo a quien confesaste en el hospital de Lima; te prometí cambiar de vida, pero, como no lo hice, muero ahora desesperado». Y, en efecto, en un acceso de rabia y desesperación, rindió su desgraciada alma.

PERORACIÓN: I.º *Aprovechemos el tiempo presente, porque la muerte puede llegar de improviso.*—Acabemos este discurso. Decidme, amadísimos oyentes, si una persona en pecado mortal fuera atacada de repente de apoplejía que la hiciese perder el conocimiento, ¿no os causaría compasión verla morir sin sacramentos y sin señal alguna de penitencia? ¡Qué locura, pues, tan insigne tener tiempo para reconciliarse con Dios y, sin embargo, continuar viviendo en pecado y recayendo en él, con riesgo de morir de improviso y, por ende, en pecado mortal!

El Señor nos lo avisa con tiempo: *Vosotros también estad apercebidos, pues a la hora que no pensáis viene el Hijo del hombre* (Lc. 12, 40). A nosotros también nos puede sobrevenir, como a tantos sobrevino, una muerte en el momento menos pensado. Y no olvidemos que todas las muertes que sobrevienen a los hombres que viven mal son muertes por sorpresa, aun cuando la enfermedad diera algún espacio de tiempo, porque los días de la enfermedad última son días de tinieblas, de confusión, en que es difícilísimo y hasta moralmente imposible poner en orden una conciencia empecatada.

2.º *Dios os llama y os concede ahora tiempo.*— Decidme, hermanos míos, si ahora os hallaseis para morir, desahuciados de los médicos y puestos en trance de agonía, ¿cómo desearíais otro mes más, otra semana para ajustar las cuentas con Dios! Pues ya os concede Dios este tiempo, os llama y os da a conocer el peligro en que estáis de condenaros.

Apresuraos a convertirlos a Dios. ¿Qué esperáis? ¿Esperáis a que Dios os tenga que precipitar en el infierno? *Caminad mientras tenéis luz* (Mt. 22, 21). Aprovechaos de estas luces y de este tiempo que ahora os da Dios y poned el remedio ahora que podéis remediarlos.

41. Muerte del justo

1.º *Las miserias de la vida y la muerte, que nos libra de ellas.*— ¿Qué es la muerte? «El fin de todas las miserias», responde San Euquerio. Dice Job que nuestra vida, por breve que sea, está llena de miserias, de enfermedades, de accidentes, de persecuciones y de temores. Los hombres que desean continuar viviendo en la tierra, ¿qué desean, dice San Agustín, sino continuar padeciendo?

Sí, porque la vida presente, nota San Gregorio, no se nos dió para descansar y gozar, sino para fatigarnos y padecer, y con las fatigas y padecimientos merecer el paraíso. Por esto dice el mismo santo doctor que, aun cuando la muerte se dio al hombre en pena de su pecado, sin embargo son tantos los trabajos de

la vida, que se diría que la muerte se nos diera no como pena, sino como liberación.

2.º *Los asaltos de nuestros enemigos y la muerte, que pone fin a estos combates.*— Los trabajos más duros que padecen en esta vida los amadores de Dios son los asaltos del infierno para hacerles perder la divina gracia; por esto dice San Dionisio Areopagita que caminan alegremente al encuentro de la muerte, porque es el término de la lucha, pues terminan los combates y la abrazan alegremente, dado que saben que, teniendo una buena muerte, no temerán caer en pecado. Quien ama a Dios no goza de mayor consuelo que el anuncio de la próxima muerte, pensando que así se verá libre de tantas tentaciones, de tantas angustias de conciencia y de tantos peligros de ofender a Dios. Durante la vida, dice San Ambrosio, caminamos por entre los lazos que nos tienden los enemigos para arrebatarnos la vida de la gracia. Este era el peligro que hacía exclamar a San Pedro de Alcántara en su última enfermedad cuando el hermano que le asistía iba a curarlo: «Deténgase, hermano, que aun estoy vivo y en peligro de condenarme». Este era el peligro que infundía tanto consuelo a Santa Teresa cuando oía sonar el reloj, alegrándose de que ya hubiera pasado una hora de combate y una hora de poder pecar y de perder a Dios. Por esto los santos, lejos de afligirse ante la nueva de la muerte, se alegraban con el pensamiento de que presto se verían libres del peligro de perder la divina gracia.

EFFECTOS DE ESTA LIBERACIÓN DE LOS JUSTOS: I.º *Reciben la muerte con alegría, porque es el descanso después de los combates.*— Mas el justo, aun cuando muera antes de tiempo, disfrutará de reposo

(Sab. 4, 7). Quien está preparado para la muerte, viviendo en medio de tantos temores y peligros de esta vida, descansa en la muerte, viniera de la manera que viniese. Si alguien viviese en una casa en que las paredes se hallan para caer y el techo y el piso se hallaran resquebrajados, amenazando ruina, ciertamente que desearía salir cuantos antes de ella. En esta tierra todo amenaza ruina a la pobre alma: el mundo, el demonio, la carne, las pasiones, todo nos incita al pecado y a la muerte eterna; por eso exclamaba San Pablo: *¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte?* (Rm. 7, 24) *¿Quién me libraré de este mi cuerpo, que vive moribundo por los combates que experimenta?*; y por esto también miraba a la muerte como ganancia, puesto que merced a ella podía conquistar a Jesucristo, que era su verdadera vida. ¡Dichosos, pues, quienes mueren en el Señor, pues salen de las fatigas y van al descanso!: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor...; que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan* (Ap. 4, 13). Cuéntase en la vida de los Padres del desierto de un antiguo solitario que se hallaba ya para morir y manifestaba grande alegría, en tanto que los circunstantes lloraban, y le hubieron de preguntar por la causa de semejante alegría, a lo que contestó: Y vosotros, ¿por qué lloráis, cuando veís que paso del trabajo al descanso? Lo mismo decía Santa Catalina de Siena en la hora de su muerte: «Consolaos conmigo, que cambio esta tierra de penalidades y voy al reino de la paz». La muerte de los santos se llama sueño, es decir, descanso que Dios concede a sus predilectos en premio de las fatigas que pasaron. Por eso las almas amantes de Dios no lloran al oír el anuncio de la muerte, sino que, abrazadas al crucifijo, dicen ardorosas de amor: *No bien me acues-*

to en paz, estoy dormido, porque, Señor, tú sólo hácesme reposar confiadamente (Sal. 4, 9).

2.º *Lo abandonan todo sin pesar: bienes, honores, parientes, amigos.*— El parte, alma cristiana, de este mundo, que tanto aterra a los pecadores en la hora de la muerte, no logra impresionar a los santos: *Las almas de los justos están en manos de Dios, y no les tocará tormento alguno* (Sab. 3, 1).

Los justos no se afligen, como los mundanos, por tener que dejar los bienes terrenos, porque tuvieron el corazón desasido de todo ellos. Iban por el camino de la vida protestando de que Dios era el único dueño de su corazón, toda su riqueza y toda su ambición: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos? Y si contigo estoy, la tierra no me agrada. Desfallece mi carne y mi espíritu, es de mi corazón roca y parcela mía por siempre* (Sal. 72, 25-26).

No se entristecen por tener que dejar los honores, porque el único honor a que aspiraron fué el de amar a Dios y ser de El amados; los demás honores terrenos los reputaron por humo y vanidad, como realmente son.

No se entristecen por tener que dejar a los parientes, porque sólo los amaron en Dios; en la muerte los dejan encomendados al Padre celestial, que los ama más que ellos mismos se pueden amar; y como tienen la seguridad de salvarse, esperan poder atenderlos mejor en el paraíso que en esta tierra. Finalmente, los que en la vida dijeron: *Dios mío y mi todo*, repítlenlo con mayor amor en la hora de la muerte.

3.º *Soportan en paz los últimos sufrimientos.*— Ni siquiera pierden la paz entre los dolores que acarrea consigo la muerte, sino que, viendo que se está acabando la vida y que pronto ya no podrán sufrir más

por Dios ni le podrán ofrecer más pruebas de amor, aceptan esos dolores alegremente, ofreciéndose cual postrer muestra de su amor y uniendo su muerte con la Jesucristo en holocausto a la divina Majestad.

4.º *Están tranquilos por lo pasado.*— Los justos, aun cuando se aflijan con el recuerdo de los pecados pasados, sin embargo no se turban, porque la contrición que experimentan les asegura el perdón, ya que no ignoran la promesa del Señor en favor de quienes se arrepienten sinceramente de sus pecados: *Ninguno de los pecados que cometió le será recordado* (Ez. 18, 21-22). Pregunta San Basilio cómo se pondrá persuadir uno de que Dios lo haya perdonado, y responde: «Si puede decir que ha odiado la iniquidad y la ha aborrecido». Quien detesta sus pecados y para expiarlos ofrece la vida a Dios, puede estar seguro de que ha sido perdonado. Dice San Agustín: «La muerte, que antes de la ley de gracia era pena del pecado, en la ley de amor se trocó en sacrificio de expiación por el pecado».

5.º *Están llenos de confianza por lo por venir.*— El mismo amor que tiene a Dios le asegura de que se halla en estado de gracia y le libra del temor de condenarse: *El perfecto amor lanza afuera el temor* (1 Jn. 4, 18). Si en el lecho de muerte no se quiere perdonar al enemigo, ni se quiere restituir lo ajeno, ni romper con la amistad deshonestas, hay que temer por la salvación eterna, porque hay sobrada razón para temer; pero si quiere huir del pecado y no dejar entrar en el corazón nada que sea contrario al amor de Dios y Dios está con uno, ¿qué hay entonces que temer? Si quieres estar seguro de poseer el amor divino, acepta con paz la muerte y ofrécesela de corazón al Señor; quien ofrece a Dios la muerte hace el más perfecto

acto de amor que se pueda hacer, porque, abrazándola de buena gana para agradar a Dios, en el modo y en el tiempo que le plugieren se hace uno semejante a los mártires, cuyo mérito estriba en padecer y morir para agradar a Dios.

42. Nos libra de las faltas cotidianas

1.º *Es imposible vivir sin cometer algunas faltas.*— No se puede vivir sin cometer alguna culpa, al menos venial: *Siete veces cae el justo* (Pv. 24, 16).

2.º *La muerte libra de ellas. Sentimientos de los santos.*— Quien cesa de vivir, cesa de desagradar a Dios. «¿Qué es la muerte, pregunta San Ambrosio, sino la tumba de los vicios?» Efectivamente, nuestros vicios, enterrados con la muerte como en un sepulcro, no vuelven a aparecer. El Venerable P. Vicente Caraffa se consolaba con el pensamiento de la proximidad de la muerte, diciendo: «Ahora que voy a dejar de vivir, voy también a dejar de ofender a Dios». Quien muere en estado de gracia entra en el dichoso estado en que el alma habrá por siempre de amar a Dios sin poderlo ya ofender. «El muerto ya no sabe pecar», decía San Ambrosio. «¿Por qué, añadía, podemos desear esta vida, siendo así que cuando más prolongada es tanto mayor se hace en nosotros la suma de los pecados?»

3.º *La muerte es, por tanto, deseable y ventajosa. Es un beneficio de Dios.*— Por eso el Señor alaba más a los muertos que a los vivos: *Proclamé más felices a los muertos, que ya fenecieron, que a los vivos, que*